

## TIEMPOS DE REFORMA

### BARCELONA: LA HORA DE LA VERDAD

La cumbre de Barcelona quiere ser continuadora de la mantenida en Lisboa hace dos años, que, después de solemnes declaraciones, quedó en agua de borrajas. La presidencia española quiere poner de nuevo sobre la mesa el tema de la liberalización real, no retórica, de los servicios, especialmente en el área de la energía (gas y electricidad), las telecomunicaciones y el transporte. Junto a ello, se propugna la integración de los mercados financieros y la flexibilización del mercado laboral.

Centrándonos en la energía, que es, a mi juicio, la que ofrece mayor dificultad, parece que tras el fracaso de Estocolmo, donde Francia (con la colaboración de Alemania) se opuso a aceptar nuevos compromisos de apertura, hoy resulta posible alcanzar un acuerdo. Las expectativas levantadas en los últimos días parecen confirmar que Francia y Alemania están abiertas a la construcción de un verdadero mercado único europeo, plenamente operativo, que sería extraordinariamente beneficioso para todos. Si hay competencia en el gas y la electricidad, habrá beneficios para los consumidores, que podrán escoger el suministro en mejores condiciones; para las empresas, que verán ampliados sus mercados a territorios que antes les estaban vedados; para cada país y Europa en su conjunto, pues se diversificarán los suministros y aumentará la seguridad del abastecimiento. Europa se juega mucho en Barcelona. Si después de los fracasos de Lisboa y Estocolmo, salen de Barcelona únicamente bellas palabras, sin compromiso alguno, los mercados penalizarán a las empresas (es decir, a los ahorradores) y el daño a las economías europeas (es decir, a todos los ciudadanos) será considerable.

Llevamos muchos años de discusiones. Han pasado más de 16 desde que Leon Brittan y Jacques Delors lanzaron la idea de un mercado interior de la energía para Europa, como condición inexcusable de un verdadero mercado único europeo. La propuesta inicial de Directiva, de 1989, tardó más de 9 años en ser aprobada y el texto final, muy desleído, difirió en mucho de aquella propuesta. Todos sabemos que los procesos de elaboración de normas europeas son complejos y largos, pero en nuestro caso han sido dos países -sobre todo Francia y, en el caso del gas, también Alemania- los que han puesto trabas a cualquier proyecto de avance; con la paradoja curiosa de que mientras sus Gobiernos ponen trabas, las empresas de esos mismos países (Electricité de France, Ruhrgas, RWE o Eon), adquieren empresas energéticas por doquier. El caso de EDF es verdaderamente singular y lo he puesto de manifiesto reiteradas veces en estas páginas.

Hay que decir, no obstante, que pese a todo, no estamos ya en la situación de que partíamos. Frente a unas empresas perfectamente cerradas sobre sí mismas, la mayoría de las veces en mano pública y con un régimen de derechos de exclusiva sobre su territorio, hemos avanzado hacia una situación de libertad de entrada, incipiente competencia entre empresas, nuevas conexiones y nuevos suministros (especialmente en el gas) y un número creciente de consumidores pueden elegir hoy entre proveedores diferentes. Desde luego, todo ello es insuficiente – especialmente las interconexiones transfronterizas, que a España y Portugal les afectan especialmente- pero las bases del cambio están puestas: muchas empresas se han privatizado (o se están privatizando, como en el caso de Italia y Portugal), se ha producido (o se está produciendo) una separación imprescindible en operadores de servicios y gestores de redes, hay más información al público y transparencia contable. Ahora, hay que dar un nuevo paso adelante en Barcelona.

Lo importante es reconocer las exigencias de esa realidad política, cultural y económica que queremos que sea Europa, con una moneda única recién creada que va a resultar extraordinariamente beneficiosa para todos. El mercado interior es una realidad imparable que todos celebramos (franceses y alemanes los primeros, pues son sin duda los más beneficiados), pero resulta inconcebible sin un mercado único energético y sin un mercado de capitales y empresas, que renuncien a las *golden shares*, a sus aspiraciones de “campeones nacionales” y a un proteccionismo estatal sobre las compañías de bandera, como hasta ahora viene ocurriendo. La primera medida a adoptar en este orden es un estatuto de la empresa europea que permita las fusiones y adquisiciones transfronterizas, sin la posibilidad de vetos gubernamentales que hoy existe. La segunda, diga lo que diga el antiguo artículo 222 del Tratado de la Unión (hoy art. 295, versión Ámsterdam) es revisar la propiedad pública de las empresas (energéticas, de telecomunicaciones o de transporte aéreo) cuando ello implique una grave quiebra del

mercado único europeo en esos sectores. Yo estoy convencido de que la razón se irá abriendo paso, poco a poco, de modo imparable, frente a los mal entendidos “intereses nacionales”, lo que no significa, en modo alguno, una liberalización salvaje, que ponga en peligro la continuidad y universalidad de los servicios en cada país, a un precio asequible. Esto debe quedar completamente garantizado. Pero los líderes políticos europeos reunidos en Barcelona, especialmente franceses y alemanes, deberían ser conscientes de la responsabilidad en que incurren si, de nuevo, ponen el freno a un mercado único europeo en las industrias de red, que es una de las claves de la competitividad europea frente a Estados Unidos. Es obvio que ello no se puede imponer desde la Comisión, ni tampoco desde la cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno. Pero es igualmente claro que la apertura de los mercados energéticos europeos, al menos para todos los medianos y grandes consumidores de gas y electricidad, es algo que está en el mejor interés de Francia y de Alemania: los primeros beneficiados serían sus ciudadanos y sus empresas. Yo no sé si las elecciones, ya próximas, en ambos países pueden suponer, con una visión miope, un factor de distorsión de ese proceso de unidad europea, al que le ha llegado, en Barcelona, la hora de la verdad.

Gaspar Ariño  
Madrid, 12 de marzo de 2002